



Domingo XXV del tiempo ordinario.

Ciclo C.

1^a Lectura

Lectura del profeta Amós (8, 4-7)

Escuchad esto, los que exprimís al pobre, despojáis a los miserables, diciendo: "¿Cuándo pasará la luna nueva, para vender el trigo, y el sábado, para ofrecer el grano?" Disminuís la medida, aumentáis el precio, usáis balanzas con trampa, compráis por dinero al pobre, al mísero por un par de sandalias, vendiendo hasta el salvado del trigo. Jura el Señor por la gloria de Jacob que no olvidará jamás vuestras acciones.

Palabra de Dios

Salmo responsorial 112

Alabad al Señor, que alza al pobre.

Alabad al Señor, que alza al pobre.

Alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor.

Bendito sea el nombre del Señor, ahora y por siempre. **R.**

El Señor se eleva sobre todos los pueblos,
su gloria sobre los cielos.

¿Quién como el Señor, Dios nuestro,
que se eleva en su trono
y se abaja para mirar al cielo y a la tierra? **R.**

Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre,
para sentarlo con los príncipes, los príncipes de su pueblo. **R.**

2^a Lectura

Lectura de la primera carta de san Pablo a Timoteo (2, 1-8)

Querido hermano:

Te ruego, lo primero de todo, que hagáis oraciones, plegarias, súplicas, acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que ocupan cargos, para que podamos llevar una vida tranquila y apacible, con toda piedad y decoro. Eso es bueno y grato ante los ojos de nuestro Salvador, Dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Pues Dios es uno, y uno solo es el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos: este es el testimonio en el tiempo apropiado: para él estoy puesto como anunciador y apóstol -digo la verdad, no miento-, maestro de los gentiles en fe y verdad. Quiero que sean los hombres los que recen en cualquier lugar, alzando las manos limpias de ira y divisiones.

Palabra de Dios

EVANGELIO. Lucas 16, 1-13

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Un hombre rico tenía un administrador, y le llegó la denuncia de que derrochaba sus bienes. Entonces lo llamó y le dijo: "¿Qué es eso que me cuentan de ti? Entrégame el balance de tu gestión, porque quedas despedido." El administrador se puso a echar sus cálculos:

"¿Qué voy a hacer ahora que mi amo me quita el empleo? Para cavar no tengo fuerzas; mendigar me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me echen de la administración, encuentre quien me reciba en su casa." Fue llamando uno a uno a los deudores de su amo y dijo al primero: "¿Cuánto debes a mi amo?" Éste respondió: "Cien barriles de aceite." Él le dijo: "Aquí está tu recibo; aprisa, siéntate y escribe cincuenta." Luego dijo a otro: "Y tú, ¿cuánto debes?" Él contestó: "Cien fanegas de trigo." Le dijo: "Aquí está tu recibo, escribe ochenta."

Y el amo felicitó al administrador injusto, por la astucia con que había procedido. Ciertamente, los hijos de este mundo son más astutos con su gente que los hijos de la luz. Y yo os digo: ganaos amigos con el dinero injusto, para que, cuando os falte, os reciban en las moradas eternas. El que es de fiar en lo menudo también en lo importante es de fiar; el que no es honrado en lo menudo tampoco en lo importante es honrado. Si no fuisteis de fiar en el injusto dinero, ¿quién os confiará lo que vale de veras? Si no fuisteis de fiar en lo ajeno, ¿lo vuestra, quién os lo dará? Ningún siervo puede servir a dos amos, porque, o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero."

MONICIONES Y ACCIÓN DE GRACIAS.

Monición de entrada

Quisiéramos presentarnos cada domingo ante el Señor con las manos limpias de iras y divisiones, pero la realidad social y mundial nos obliga a venir ante Dios suplicando por un mundo más justo y pidiendo valor para comprometernos por ese logro. Que esta Eucaristía nos ayude a tomar conciencia de la necesidad de la justicia social y de la equidad, porque en la defensa del pobre y de la justicia nos va la salvación.

Monición a las lecturas

Las lecturas de hoy están cargadas de una profunda enseñanza que inspira la doctrina social de la Iglesia. Es una Palabra que desde el Antiguo Testamento denuncia las injusticias, los robos y fraudes, fruto de la codicia humana, pero también propone un estilo de vida sobrio que sabe distinguir la verdadera riqueza que emana de Dios, de las riquezas de este mundo que nos esclavizan. Que esta Palabra nos ayude a descubrir la trampa que el mal nos pone, de manera que nuestras vidas sean justas y estén prestas al servicio de los más pobres.

Acción de gracias.

*Maldito al que no le duela el gemir del pobre;
porque su llanto es un incendio provocado
por una chispa de injusticia
en el reseco bosque de la indiferencia.
Algún día, ese fuego llamará a nuestra puerta
y sólo podremos salvar el corazón, si aún lo tenemos.
Todo lo demás, se quemará y volverá al polvo
que es, en el fondo, nuestra esencia.
Del bolsillo al corazón hay un camino corto
que pasa siempre por las entrañas.
Sólo en ellas se encuentra la fuente
con la que apagar el ansia de poseer
que pretende convertir en virtud la avaricia,
lo accesorio en necesario,
lo prescindible y superfluo en esencial.
Hazte rico en sobriedad y habrás hallado
la senda de la divina pobreza
que todo lo enriquece, sacia y plenifica.
Vístete de austeridad y te harás siervo de la libertad
y hermano de una sabiduría que en su afán de llenarlo todo,
casi todo lo que tiene le sobra,
porque lo encuentra más hermoso en las manos de los pobres
que atesorado en las propias.*

ORACIÓN DE LOS FIELES (preces)

1. Para que las injusticias de este mundo no se queden sin denuncia y sin unas propuestas valientes en favor de la justicia social y la solidaridad. ROGUEMOS AL SEÑOR.
2. Por las víctimas de las estructuras económicas y políticas de pecado. Para que encuentren defensores valientes de sus derechos y promotores de iniciativas en favor de la dignidad humana y la igualdad de oportunidades. ROGUEMOS AL SEÑOR.
3. Protégenos, Señor, de poner nuestra confianza en el dinero y de caer en la acumulación innecesaria y en la avaricia, teniéndote a ti como nuestro único y verdadero Dios. ROGUEMOS AL SEÑOR.
4. Por los líderes que rigen los pueblos y naciones de la tierra. Dales, Señor, sabiduría para discernir el camino correcto y valentía para acometer las acciones políticas necesarias para construir un mundo más humano y fraternal. ROGUEMOS AL SEÑOR.
5. Haznos astutos para saber encontrar los caminos que llevan a ti, incluso en los enredos de este mundo, pues tú siempre estás con nosotros y quieres que toda la humanidad se salve. ROGUEMOS AL SEÑOR.

HOMILÍA

Cuentan que en la cola del juicio final se produjo tal atasco que Dios no tuvo más remedio que movilizar a todos los ángeles porque la fila no avanzaba y los que iban a ser juzgados comenzaban a perder los nervios ante aquella desorganización. Cuando los ángeles llegaron a la sala del juicio se encontraron con que Dios se había ausentado por unos momentos, dejando en su lugar a san Pedro, quien estaba absolutamente desbordado, paralizado y sin saber qué hacer. Pedro estaba sentado ante una mesa; sobre la mesa, a un lado, había unas biblias, mientras que al otro lado un habían amontonado un buen fajo de billetes. Interesándose los ángeles sobre lo que ocurría, Pedro contestó que como él no tenía el poder suficiente para condenar o salvar a los hombres, Dios le había pedido que mandara al cielo a aquellos que cogieran una biblia y al infierno a los que optaran por el dinero. La cosa parecía sencilla hasta que se presentó un señor distinguido. Este hombre, tomando primero una biblia, la había abierto por diferentes textos, intercalando en cada texto un billete cogido del otro extremo de la mesa hasta completar un buen fajo. Según la razonada explicación de aquel devoto hombre, los billetes eran meros marcadores de los textos más importantes para él. Los ángeles también quedaron profundamente aturdidos por aquel cúmulo de devoción tan pragmática. Para poner orden, optaron por apaciguar a los que aguardaban su juicio en la cola, esperando que el buen Dios pudiera escrutar el corazón de este señor y desatascar el embotellamiento. Al poco tiempo llegó Dios y mirando con una sonrisa pícara a Pedro y a los ángeles le dijo: “¡Qué! ¿Ya se os ha intentado colar en el cielo otro monseñor de una curia?”

Dios y dinero no hacen buenas migas. Lucas es el más radical en este tema; para él, el dinero es malo en esencia y, por tanto, algo con lo que hay que evitar enredarse. La dureza de esta Palabra choca con nuestras organizaciones humanas, en las que el dinero juega un papel fundamental. Ciertamente la organización económica actual no tiene nada que ver con la de los tiempos bíblicos, pero una cosa sigue siendo cierta: cambian las formas y los métodos, pero el engaño, la injusticia o sencillamente el robo se sigue produciendo año tras año y siglo tras siglo, alimentado por la avaricia y la codicia, que son sentimientos universales y, por lo visto, casi imposibles de erradicar.

Basta con echar una mirada al mundo para contemplar las consecuencias de esta dinámica diabólica: En el tiempo en el que se lea o se escuche esta homilia se contarán por miles las personas muertas en el mundo por causa de las diferentes injusticias. A la raíz de estas injusticias están las organizaciones económicas que han forjado un entramado de muerte casi imposible de deshacer. Nosotros, todos nosotros, somos cómplices de ese entramado, bien con nuestro silencio o indiferencia o bien a través de nuestra participación directa a través de la acumulación de aquello que realmente no nos es necesario para vivir dignamente.

¿Realmente no hay nada que nos sobre? ¿Es más importante eso que tenemos atesorado que la vida de tantos seres humanos que serían salvadas si pusiéramos lo que nos sobra y nuestros dones al servicio de los más pobres? ¿Qué estamos haciendo para corregir esta dinámica de muerte?

Tal vez la posibilidad de perder la vida, bien aquí o bien en la eternidad, nos lleve a ser tan astutos como el administrador de la parábola del evangelio de hoy. Conviene aclarar el sentido de ésta para no llevarnos a engaño y creer que Jesús está justificando el robo o la pícara astucia de los malvados. Se trata justamente de lo contrario.

Veamos: en la época de Jesús, los administradores eran siervos o esclavos; no tenían sueldo y su manutención corría a cuenta de sus señores; todo lo que ganaban no era para ellos, sino que pertenecía a la casa que les había dado una capacitación y un trabajo; es decir, se debían a su señor. La avaricia llevaba a estos administradores a llevar una doble contabilidad que consistía en cobrar una comisión a los clientes, comisión que quedaba íntegramente como beneficio propio y que, por tanto, no redundaba en beneficio de su señor. Es decir, si un cliente debía 50, los administradores cobraban 100, quedándose ellos con 50 y entregando “lo justo” a su señor. La ganancia de los administradores es lo que Lucas llama el “injusto dinero” porque estaba forjado desde la avaricia, el robo y la injusticia de unas relaciones económicas opresoras. Esto es lo que llevó a la Iglesia durante siglos a condenar la usura (incluidos los préstamos con interés) como uno de los pecados más graves. Mucho han cambiado las cosas desde entonces; muchos billetes hemos metido en las biblia como pretexto para marcar los textos que consideramos más importantes.

¿Qué hace el administrador injusto cuando es descubierto? Al saber que se va a quedar en la calle decide reconciliarse con los clientes dejando de cobrar su comisión; es decir, renuncia al “dinero injusto” y cobra lo acordado con su señor (lo justo), de donde su señor pagaba sus gastos y su manutención; es decir, lo suficiente para que llevara una vida digna bajo la protección de su casa. Esa actitud astuta es la que Jesús pone como ejemplo porque nosotros no somos más que administradores, no dueños; somos siervos al servicio de nuestro único Señor que confía en nosotros, nos acepta en su casa, nos capacita y envía para que trabajemos en su nombre.

El comportamiento injusto genera injusticia, dolor, sufrimiento y muerte. Nosotros somos cómplices de él cuando no nos conformamos con lo suficiente para llevar una vida digna, envidiando a nuestro “señor” y queriendo ser como él o más que él (en el fondo es una expresión del pecado original: ser dioses). Pretendemos vivir como él, pero sin aceptar que nuestra condición no es más que la de criaturas y no creadores.

No asumimos tampoco que, lejos de estar oprimidos por nuestro Creador, somos hechos sus hijos, depositarios de una confianza que traicionamos al adueñarnos de lo que no es nuestro, no sólo del dinero (que es la consecuencia artificial de nuestros dones) sino de la salud, la fuerza, la juventud, la inteligencia, las habilidades que adornan nuestra vida...etc. Todo lo hemos recibido de Dios para el bien de la humanidad, no para nuestro propio beneficio. Todo es para los demás, no para nosotros mismos.

Por desgracia las leyes de la economía mundial están en las antípodas de este planteamiento y la Iglesia no es lo suficientemente libre para alzar la voz contra esta espiral de muerte. Aunque tal vez la posibilidad de quedarnos en la calle al tener que pagar cifras millonarias por los pecados cometidos o la realidad de una administración eclesial insostenible porque nuestros mayores van muriendo y no hay jóvenes que colaboren y mantengan nuestra “multinacional”, devuelva a la Iglesia a la realidad de los pesebres, cenáculos, cruces y tumbas de donde ha de salir resucitada, desnuda de apoyos mundanos, libre y embellecida únicamente con la gracia de Dios.

Preguntémonos si nuestra vida se ha adueñado de lo que hemos amasado con dones que no nos pertenecen o si los demás son los que disfrutan de nuestro trabajo, beneficiéndonos también nosotros de la amistad de aquellos a los que, lejos de explotar, ofrecemos nuestros dones más hermosos.